

Aproximación crítica al pensamiento de Pedro Henríquez Ureña sobre educación y nación

Por Andrés DONOSO ROMO*

1. Pedro Henríquez Ureña en América Latina

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884-1946) es dominicano por nacimiento, argentino por adopción y fervoroso promotor de “Nuestra América”.¹ La principal idea fuerza que legó el autor, con respecto a los vínculos entre educación y nación, fue que la educación es la única salvadora de los pueblos. El presente trabajo está dividido en cuatro secciones que ayudarán a entender y problematizar esta premisa. La primera presenta al intelectual y a su obra. La segunda se detiene en los ámbitos educacionales que concitan su atención, entre ellos la educación popular, la Universidad y la historia de la cultura. La tercera despliega su ideario educacional con énfasis en los vínculos entre educación y nación. La cuarta articula sus principales reflexiones y pregunta por los alcances de su pensamiento.

Pedro Henríquez Ureña estuvo inmerso en el ambiente académico e intelectual de la América Latina de su época y dejó un vasto testimonio intelectual —artículo, conferencias y libros— que ha sido largamente estudiado desde la literatura, ámbito de su competencia, pero escasamente en lo concerniente a sus alcances educacionales, pese a ser conocido por muchos de sus contemporáneos como “el maestro de América”. Se desempeñó en distintos oficios vinculados con las letras, siendo la Universidad el espacio al que más pasión y esfuerzo

* Profesor del curso Antropología cultural chilena y latinoamericana en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Tecnológica Metropolitana, Chile; e-mail <andresadr@esfera.cl>. El presente artículo es un producto preliminar del proyecto “Educación y nación en el pensamiento latinoamericano de principios del siglo xx”, financiado con el aporte del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura de Chile en su línea de Fomento a la Creación Literaria, proyecto núm 2006-33871

¹ Pedro Henríquez Ureña, al igual que otros intelectuales de su tiempo, utilizó la expresión “Nuestra América” para referirse al *nosotros* continental o, más precisamente, subcontinental. José Martí populariza la expresión, que se transformará en un sello distintivo para aquellos que comprenden y denuncian como inconveniente la política interventora de Estados Unidos en los países al sur del Río Bravo. Véase José Martí, “Nuestra América”, en José Martí, *Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*, Roberto Fernández Retamar, ed., México, Siglo XXI, 1973

dedicó. Transitó por muchas casas de estudio, entre ellas la Universidad de Minnesota, la Universidad Nacional de México (actual UNAM), la Universidad Popular Mexicana, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Harvard y la Universidad de La Plata. Su vivencia universitaria fue tan importante que hizo de ella una patria o un símil de ésta, señalando, a propósito, “nunca me he sentido extranjero en la América Española, entre compañeros de esfuerzo y estudio”.²

Henríquez Ureña gozó de una esmerada educación que le permitió explorar todas las humanidades de su tiempo y obtener una licenciatura en derecho y un doctorado en letras.³ Conoció una América Latina que despertaba a los encantos y luces de la educación popular; fueron éstos años de fuerte incremento en la oferta y la demanda de este tipo de educación. Desde fines del siglo XVIII las élites latinoamericanas mantuvieron un discurso que en lo fundamental sostenía la necesidad de educar al pueblo. Discurso que, sin embargo, no era correspondido por sus pretendidos beneficiarios. Sólo a comienzos del siglo XX los sectores populares empiezan a valorar la educación como algo más que tizas, himnos y pupitres, estimándola, en lo esencial, como proveedora de algunas herramientas útiles para su supervivencia en la naciente sociedad urbana e industrial. Muchos intelectuales acompañaron este proceso, incluido Pedro Henríquez Ureña. Todos ellos formaron parte de la primera red intelectual del continente.⁴

Henríquez Ureña se preocupó especialmente de lo identitario, refugiándose en la trinchera bolivariana para hablar de Nuestra América, la Magna Patria o la América Hispánica. Todas estas nociones formaban parte del vocabulario nacionalista de la época. La idea de nación lejos estuvo de ser ajena a sus inquietudes, *La Patria* fue el primer periódico que dirigió, editó e imprimió, de su puño y letra, cuando apenas dejaba la niñez. Su reflexión identitaria se insertó en la búsqueda

² Pedro Henríquez Ureña, “Conferencias” (1907), en Emma Susana Speratti Piñero, ed., *Pedro Henríquez Ureña obra crítica*, México, FCE, 1981 (*Biblioteca Americana*), p. 171

³ Su familia, inclinada a la labor intelectual, le inculcó alta estima por la educación. Max Henríquez Ureña, hermano del aludido, da pistas para entender esta valoración al indicar que una de sus abuelas regentó una escuela primaria, que su madre dirigió un instituto de señoritas (Escuela Normal de Mujeres), que su padre fue doctor en medicina por la Universidad de París y llegó a ejercer la presidencia de la República Dominicana; también señala que todos sus hermanos estuvieran estrechamente vinculados a la literatura e intelectualidad. Véase Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro” (1950), prólogo a Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, México, UNAM, 1969

⁴ Véase Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX entre la modernización y la identidad*, tomo 1, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000 (col. *Historias americanas*), p. 107

da de estrategias para resolver los apremios materiales y espirituales de la región, planes en que la educación y la utopía tenían papeles destacados.

No sólo fue un educador, sino también un profundo creyente en la educación. Ezequiel Martínez Estrada, Max Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges y José Rodríguez, son algunos de quienes dan testimonio de su virtud educadora.⁵ Inclusive Alfonso Reyes llegó a señalar: “No se ha dado educador más legítimo. De él recogí esta máxima: ‘No basta vivir para la educación, hay que sufrir por la educación’. No sólo predicaba, no: ¡Eso era lo menos! Sino intervenía y colaboraba”.⁶

El principal supuesto bajo el cual se analiza el pensamiento del autor es que éste se inserta en el umbral de nuestra contemporaneidad, lo que significa que sus conceptos, modelos y apuestas se asumen como vigentes. Además se cree de manera fundada que su pensar reflejaría una de las vertientes hegemónicas del pensamiento progresista latinoamericano y, por ello, más allá de lo iluminadoras u originales que sean sus concepciones, el esfuerzo por esclarecerlas puede servir como espejo para escudriñar muchas de nuestras actuales certezas y creencias.

2. Universidad y educación

AUNQUE los temas educacionales no sean el fuerte de la producción intelectual de Pedro Henríquez Ureña, ni atraigan la atención preferente de sus principales biógrafos, lo cierto es que se preocupó de ellos significativamente, abordando distintos aspectos desde una mirada regional.

Su aproximación a los temas educacionales se conecta con su labor de crítico literario y con su activa participación en las redes intelectuales latinoamericanas. Fruto de estas redes es su vasto conocimiento del pensamiento educacional de su tiempo, el que expresaron el puertorri-

⁵ Véase respectivamente Ezequiel Martínez Estrada, “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña” (1946), en Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 19. Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, en *Universidad y educación* [n. 3], p. 11, Jorge Luis Borges, “Prólogo” (1959), a Speratti Piñero, ed., *Pedro Henríquez Ureña obra crítica* [n. 2], p. vii. José Rodríguez, “Mis recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, prólogo a Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos*, La Habana, Casa de las Américas, 1973, pp. viii-ix.

⁶ Alfonso Reyes, “Evocación de Pedro Henríquez Ureña” (1946), en Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n. 5], p. 9. En las jornadas conmemorativas del centenario del natalicio de Pedro Henríquez Ureña, celebradas el 28 y 29 de junio de 1984 en el Instituto de Estudios Americanos de la Universidad de Cuyo, en Mendoza, Argentina, se testimonió la alta estima de que aún gozaba el autor Véanse, entre otros, Sergio Gurgui, “Cultura y expresión original en la obra de Pedro Henríquez Ureña”, *Nuestra América* (MÉXICO, CCOYDEL-UNAM), núm. 10 (enero-abril de 1984), pp. 37-45.

queño Eugenio María de Hostos, el cubano José Enrique Varona, el argentino Juan Bautista Alberdi, el también argentino Domingo Faustino Sarmiento, el mexicano Gabino Barreda y el uruguayo José Enrique Rodó. Muchas de las críticas que esbozó dejaron entrever su postura educacional porque, como solemos hacer muchos de nosotros, hablaba de los otros como quería que se hablase de él y destacó en esos autores pensamientos o ideas que de una u otra manera también compartía.

El acercamiento de Pedro Henríquez Ureña a la historia de la cultura mostró elementos sustanciosos de su ideario educacional. Antes que la interpretación de procesos, hechos o implicaciones, la historia de la cultura fue para él la remembranza de la “alta cultura” y la erudición. De nuestro interés fueron sus observaciones acerca de los sistemas educacionales inca y azteca, distinguiéndolos como sistemas clasistas y sugiriendo asociaciones entre educación, violencia y poder. En su reflexión sobre la historia de la cultura, la reconstrucción histórica de las universidades latinoamericanas en el periodo colonial tuvo también un papel más que destacado.⁷

Henríquez Ureña incursionó también fructíferamente en el ámbito de la escuela primaria y la educación popular.⁸ Las primeras décadas del siglo xx vieron desenvolverse muchas afrentas educacionales en este ámbito. Una de ellas se desplegó entre aquellos que, como Henríquez Ureña, sostenían la necesidad de articular las distintas agencias educacionales que operaban aisladas en el sistema educativo nacional, para que así se permitiera, en último término, volver viable la meritocracia y/o promoción de los mejores estudiantes a los grados superiores del mismo, independientemente de su solvencia económica. En el otro bando estaban aquellos que con hechos más que con argumentos apostaban a mantener compartimentos estancos en la educación, lo que a la larga significaba que los estudios más especializados fuesen accesibles únicamente a los sectores acomodados.

Otra discusión de importancia en la que participó el autor se refería a extender o no la educación al conjunto de la población. La posición

⁷ Véase Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, FCE, 1947, pp. 19 y 21. Véase también Pedro Henríquez Ureña, “La Universidad” (1914), en *Universidad y educación* [n. 3]; Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, FCE, 1945.

⁸ Entre los elementos que vinculan a Pedro Henríquez Ureña con la escuela y la educación popular están: a) su participación en la Universidad Popular Mexicana; b) la realización, a fines de la década de 1920, de un manual de enseñanza del castellano para escuelas primarias; y c) su desempeño en el cargo de superintendente general de enseñanza en República Dominicana, entre 1931 y 1933, ejercicio que exigía por supuesto una visión integral del sistema y por ende de la labor y el papel de las escuelas primarias.

de Henríquez Ureña fue defender el aumento de cobertura educacional, pues aseguraba que “en la vida moderna, ser ciego no es mayor limitación que no saber leer; ser cojo es menos grave que no saber escribir”.⁹ Esta afirmación se insertó en un contexto favorable a la educación popular gracias a la creciente demanda educacional de amplios sectores populares, aspecto favorecido enormemente por la deslumbrante Revolución Mexicana que comienza en 1910 y que tendrá su esplendor educacional entre los años 1920 y 1924, precisamente durante la dirección de otro intelectual de renombre latinoamericano, José Vasconcelos.¹⁰

Donde más profundidad obtuvo su pensamiento educacional fue en el análisis de la Universidad. La Universidad fue foco de su atención en múltiples ocasiones, entre las que destacan tres momentos principales: a) la reflexión que realiza en el marco de su tesis de licenciatura en derecho, en 1914, titulada precisamente *La Universidad* y que escribe a propósito de las gestiones realizadas por la naciente Revolución Mexicana en la Universidad Nacional de México; b) las reflexiones suscitadas a partir de su participación, como miembro del Ateneo de la Juventud, en la fundación y desarrollo de la Universidad Popular Mexicana (1912-1920); y, con gran interés, c) su seguimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918, movimiento que adquirirá, como es sabido, carácter continental.

Henríquez Ureña consideró que la institución que por excelencia cobijaba y promovía la investigación y el pensamiento libre era la Universidad, distinguiendo tres tipos: la nacional, la popular y la pontificia. Todas con campos de acción delimitados y con labores complementarias. Ellas eran la máxima expresión del conocimiento, siendo las encargadas de coordinar, difundir y perfeccionar la vida intelectual de la nación. En la imagen piramidal que tuvo del sistema educacional, la Universidad ocupaba la cúspide, operando a su vez como altar de la “alta cultura”. En sus palabras:

La alta cultura no es un lujo: los pocos que plenamente la alcanzan son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso y sutil secreto de la perfección del saber; sólo ellos, maestros de maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás: a los profesionales, a los

⁹ Henríquez Ureña, “La Universidad”, en *Universidad y educación* [n. 3], p. 72.

¹⁰ “Para el pueblo, en fin, la Revolución [Mexicana] ha sido una transformación espiritual. No es sólo que se le brinden mayores oportunidades de educarse: es que el pueblo ha descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho a educarse”, Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México” (1924), en *ibid.*, p. 103.

hombres de acción superior, a los guías de la juventud. Sin los maestros dueños de la alta cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarán sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas. Las escuelas elementales son imperiosa necesidad social; pero no pueden prosperar si no son la base de una pirámide cuya cima es la Universidad.¹¹

Henríquez Ureña perteneció a ese grupo de “quijotes” a quienes Gonzalo Vial señala como “cruzados educacionales”. Grupo que depositó su fe en la educación y que vio en ella la mejor estrategia para conquistar y perpetuarse en el poder.¹² La Universidad debía irrigar e iluminar todos los pisos de la pirámide y satisfacer los requerimientos técnicos y espirituales de la nación. No tuvo en mente la generación de una sociedad en que toda la población adquiriera los conocimientos correspondientes a la alta cultura, sino un sistema educacional meritocrático que fuese seleccionando a los mejores para que se desempeñasen en las funciones más empinadas.¹³

A principios del siglo xx, la Universidad fue objeto de diversas críticas. Se la consideraba rutinaria, repetidora, tradicionalista y enemiga de las nuevas ideas. Estas discusiones alcanzaron eco continental luego de iniciada la Reforma Universitaria de Córdoba, que fue motivada, nos explica Vasconcelos, principalmente por “la exigencia de que los catedráticos sean idóneos y la doctrina que enseñan exacta y libre [... siendo] un movimiento de renovación de las ideas y de los métodos de la enseñanza, de eliminación de profesores incompetentes o atrasados en doctrina”.¹⁴ Henríquez Ureña observó además que la necesidad de una viva conexión entre Universidad y pueblo se encon-

¹¹ Henríquez Ureña, “La Universidad”, en *ibid.*, pp. 74-75.

¹² Gonzalo Vial explica que, para los cruzados educacionales, los vínculos entre educación y poder político se ajustarían a la siguiente relación: los pueblos serían gobernados por las élites, éstas serían educadas por los profesores y éstos por los sabios de la Universidad, véase “Educación: el final de una cruzada” (1981), en Gonzalo Vial. *Historia de Chile 1891-1973*, Santiago de Chile, Santillana, 1987, p. 151.

¹³ Uno de los mejores acercamientos a su comprensión sobre lo que es “alta cultura”, concepto más que polémico en nuestros días, lo otorga a partir de una negación: “Difícil de definir en rigor absoluto, la alta cultura. En términos generales y según acuerdo usual, comienza dondequiera que el estudio rebasa estos límites: el primero, las nociones fundamentales que deben ser patrimonio de todo hombre útil, o sea las que imparte la Escuela comúnmente secundaria (por oposición a la primaria, que suministra los conocimientos mínimos necesarios a todo ciudadano de nación moderna, si no quiere condenarse a ser paria); el segundo, las nociones fundamentales, y las de aplicación práctica, en órdenes especiales (como la medicina o el derecho), que el público exige al que ejerce profesión”, Henríquez Ureña, “La Universidad”, en *Universidad y educación* [n. 3], p. 59.

¹⁴ José Vasconcelos, *La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana: notas de viajes a la América del Sur*, Madrid, Agencia Mundial de Librería, 1925, pp. 174-175.

traba detrás de este movimiento, valorándolo sobremanera por ser, a su juicio, una expresión original de la fértil simbiosis entre preocupación material y espiritual.

Otra discusión universitaria en la que participó Henríquez Ureña discutió sobre el papel del Estado en la educación y principalmente en la educación superior. Las preguntas que intentó responder fueron las siguientes: “¿Debe el Estado pagar la cultura técnica y, lo que es más, la alta cultura, patrimonio de minorías exiguas? La primera, cuyo fin es utilitario para el que la recibe, y la segunda, que es un lujo, ¿no deben ser costeadas por el que ha de disfrutarlas?”. Agregando también: “¿Hasta dónde debe extenderse el poder del Estado en la administración de la enseñanza? ¿Hasta dónde debe extenderse en el caso particular de la Universidad?”.¹⁵ No tenía una respuesta única ni definitiva a estos interrogantes, pero insistía en que debían estar situados históricamente. Así, respecto de su tiempo, concluyó en su análisis que era obligación del Estado sostener la Universidad pues, como se apreció más arriba, ella no era precisamente un lujo y el sector privado no daba abasto en su financiamiento. Por otra parte, propendió a la plena autonomía de los cuerpos docentes, buscando así salvaguardar a la ciencia y al conocimiento de los intereses político-estatales y económico-empresariales, estos últimos observados como incómodos, sobre todo a raíz de situaciones que conoció de cerca en universidades privadas de Estados Unidos.¹⁶

3. Educación, nación y cultura

El telón de fondo del pensamiento educacional de Pedro Henríquez Ureña fue la idea de progreso. Más allá de las dudas que circularon en el ambiente intelectual de las primeras décadas del siglo xx, el progreso fue el fundamento de muchas acciones que hasta el día de hoy subsisten. La creencia de Pedro Henríquez Ureña en la mejora en todo ámbito, no fue rígida, predeterminada, ni precisa; tuvo más bien el sello que imprimió Rodó a su *Ariel*. Con todo, el progreso le pareció deseable, pero no

¹⁵ Henríquez Ureña, “La Universidad”, en *Universidad y educación* [n. 3], pp. 74 y 76, respectivamente.

¹⁶ A propósito de esto señaló: “Si ya, antes de los casos actuales [de intromisión de los sostenedores privados en las labores universitarias], no faltaban grupos —especialmente entre los socialistas— para quienes las universidades son ‘instituciones de ricos’, donde según ellos, sólo se enseñan ideas a gusto de los poderosos, ¿qué argumento podría oponérselos hoy, cuando se ve que, efectivamente, los capitanes de la industria pretenden acallar la voz de la investigación científica?”, Pedro Henríquez Ureña, “Las universidades como instituciones de derecho público” (1915), en *ibid.*, pp. 90-91.

lo concibió como “indefinido, universal y necesario”. La clave estaba en someter el progreso a los designios conjuntos de la razón y el espíritu.¹⁷

A principios del siglo xx en América Latina estaba en pleno apogeo la pugna entre positivismo y metafísica. El Ateneo de la Juventud, tipo de organización con alcances continentales y en la que Henríquez Ureña participó activamente durante su estancia en México, toma distancia del reinante positivismo y se decide a profundizar, según nos informa el autor, en aquellas obras y reflexiones que precisamente fueron desdeñadas por éste. Ello no significó desestimar al positivismo sino otorgarle estatus similar al de la metafísica. En este sentido, y a propósito del movimiento de reforma universitaria en Argentina, señaló:

La juventud de aquel país, grande y próspero, país de empresa y de empuje, se orientaba con generosidad y desinterés hacia el estudio de problemas sociales, y le preocupaban, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarle carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos. Cabía pensar que nuestra América es capaz de conservar y perfeccionar el culto de las cosas del espíritu, sin que la ofusquen sus propias conquistas en el orden de las cosas materiales. Rodó no había predicado en el desierto.¹⁸

¿Qué significaba entonces el progreso? ¿Qué función desempeñarían en él la educación, la nación, la cultura? Para Henríquez Ureña la mejora era posible en todos los ámbitos humanos, no era infinita, cierto, pero tampoco estanca, siempre había espacio para la fértil duda, sospecha o pregunta. Entre los problemas que identificó como susceptibles de mejora estaban la “cuestión social” y el “problema del indio”. Sobre la cuestión social escribió palabras que llegan al corazón del asunto, planteando algo parecido a lo que hoy día entendemos como sociedad dual:

¹⁷ Véase Pedro Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades” (1914), en *ibid.*, pp. 126-127. Por esos mismos años el estadounidense John Dewey también expresa una visión similar a la expuesta, defendiendo una idea de progreso dinámico: “Se piensa a veces el progreso como la aproximación paulatina a fines ya buscados. Pero ésta es una forma menor de progreso, porque requiere sólo un perfeccionamiento de los medios de acción o un avance técnico. Los modos más importantes de progreso consisten en enriquecer los propósitos anteriores y en formar otros nuevos. Los deseos no son una cantidad fija, ni el propósito significa una cantidad creciente de satisfacción. Con el aumento de la cultura y un nuevo dominio de la naturaleza se crean nuevos deseos y demandas de nuevas cualidades de satisfacción, pues la inteligencia percibe nuevas posibilidades de actividad”, John Dewey, *Democracia y educación una introducción a la filosofía de la educación* (1916), Madrid, Morata, 1998, pp. 192-231.

¹⁸ Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *Universidad y educación* [n. 3], p. 152.

[En la Colonia] el ascenso social para hombres bien dotados era ante todo una cuestión de suerte. Sólo los grupos ilustrados tenían pautas y tradiciones verdaderas y permanentes: ellos fueron los encargados de conservar y encaminar la civilización, con su esfuerzo y su ejemplo, aun cuando se mostrasen ciegos a los males que acarreaban a la sociedad con su conducta para los grupos subyugados. El gran problema de la América hispánica fue, y lo es todavía, el de su integración social.¹⁹

Los elementos que otorgó respecto al “problema del indio” tendieron a denunciar su injusta opresión, aunque sin condenar categóricamente el actuar del opresor o del imperio español. En defensa de este último señaló que habrían actuado con la misma saña que otros imperios conocidos, agregando que habrían sido algunos de sus miembros los que abogaron por la defensa del indio ante los abusos o injusticias que sufrieron.²⁰

La integración social y la solución al “problema del indio” e darían a través de una simbiosis entre meritocracia y democracia, es decir, en un sistema en que fuera posible el gobierno de los mejores, los sabios de la sociedad. Dicho sistema puede apreciarse como evidencia de sus intenciones de suprimir las barreras que impedían la libre aparición y desenvolvimiento del mérito individual. A diferencia de otros intelectuales de la época especializados en el ámbito educacional, como el chileno Darío Salas o el estadounidense John Dewey,²¹ Pedro Henríquez Ureña no proporcionó lineamientos específicos para implementar la democracia o meritocracia desde la educación, proponiendo sólo cuestiones generales como que debe valorarse y promoverse el despliegue de utopías colectivas —aquello objetivos que no se verifican en la realidad pero que podrían sin embargo ser alcanzados.

El mérito y la democracia debían ser parte fundamental de la utopía. Pero también debían considerarse aquellos aspectos perjudiciales a la misma, como los influjos del imperialismo estadounidense y

¹⁹ Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* [n. 7], p. 45

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, “La utopía de América”, en Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n. 5], p. 21, Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* [n. 7], pp. 44 y 108, Henríquez Ureña, *La historia de la cultura en la América Hispánica* [n. 7], p. 91. El escritor Alcides Arguedas será uno de los más destacados denunciantes de la injusta situación en que vivía el indio en la América Latina de principios del siglo xx, nutriendo desde la literatura al emergente movimiento indigenista. Con novelas como *Raza de bronce*, escrita en 1919, ponía en el centro del debate el choque cultural entre españoles e indios, hacendados e inquilinos, Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, Madrid, Editorial Universitaria, 1919

²¹ Véase Darío Salas, *El problema nacional*, Santiago, Universidad de Chile, 1917, y Dewey, *Democracia y educación* [n. 17]

en general todo lo vinculado a la opresión del brazo y de la inteligencia.²²

Sobre la utopía y el papel que han de tener los intelectuales en su advenimiento puntualizó:

¿Cuál sería, pues, nuestro papel [como intelectuales] en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere* [no hacer mal al otro], sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu.²³

Para Henríquez Ureña el óptimo de progreso, integración y justicia social, en fin, la utopía, se daría a través de la educación, la única salvadora de los pueblos. Ella debía expandirse por todos los rincones a como diera lugar, procurando seducir a todos los que estaban en condiciones de valorarla por sí mismos e insistiendo en la búsqueda de la incesante perfección del saber, porque “la insuficiencia de la educación y de las oportunidades económicas que se ofrecen a las masas son el origen de todos los obstáculos con que tropezamos en nuestras aspiraciones de progreso”.²⁴ Por ello sostenía, en resumidas cuentas, que el alfabeto debía otorgarse a todos los hombres, lo que expresó en arengas como ésta:

²² La animadversión frente a la otra América. Estados Unidos, es significativamente visible desde Martí en adelante. Véase José Martí, “Congreso Internacional de Washington” (1889), en Fernández Retamar, ed., *José Martí: Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos* [n 1] Pedro Henríquez Ureña señala, por su parte “al llegar el siglo xx, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otras en doble red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su propia vida en ocasiones —como ocurre en la Argentina— con esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida nacional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente: por falta de ella no se ha sabido evitar la absorción enemiga; por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera”, Pedro Henríquez Ureña. “Patria de la justicia” (1924), en *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n 5], p. 29

²³ Henríquez Ureña, “La utopía de América” (1922), en *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n 5], p. 26

²⁴ Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica* [n 7], p. 199

Si nuestro espíritu ha triunfado, en Nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera [Que] no nos deslumbre el poder ajeno el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera, avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.²⁵

Hoy la masificación de la educación puede entenderse como una respuesta a los cambios acarreados por la emergente industrialización y la urbanización que vivía todo el continente.²⁶ Pero la comprensión, la ideología que acompañó en esos años a la masificación educacional, tenía mucho que ver con lo que postulaba Henríquez Ureña, la batalla contra los males fue concebida en términos educacionales y los ejércitos tenían que ser de maestros antes que de militares. Para él toda la sociedad debía ser unificada con los beneficios de la educación, remarcando que la barbarie no era exclusiva de un grupo u otro, sino que estaba en aquellos que no son dignos de llamarse gente, en los ignorantes que ante todo optan por satisfacer sus ansias de poder y riqueza.

El progreso se alcanzaría paso a paso y para ello se debía profundizar en los sistemas nacionales de educación e inyectar dinamismo a las cuestionadas universidades. Tomando prestadas palabras de otro dominicano, Henríquez Ureña expone el trasfondo de su ideario sobre la educación nacional: “la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios”.²⁷ Los ignorantes necesitan conocimientos fundamentales para producir y sobrevivir, es decir, alfabeto e higiene, y las élites necesitan saber dirigir conforme a valores nacionales.

¿Cuáles eran los valores nacionales en que debía instruirse a la élite? Preguntas como ésta acompañan al continente desde fines del siglo XIX y han sido varias y contradictorias las respuestas que han

²⁵ *Ibid*, p. 25

²⁶ Gellner entrega elementos para comprender que la masificación de los sistemas nacionales de educación es un proceso que acompañó el advenimiento del modo de producción industrial que en América Latina se da desde mediados del siglo XIX y el cual demandó trabajadores con una plataforma de conocimientos básicos —en lectura, escritura y matemáticas— que les permitiera trabajar en distintos nichos productivos a lo largo de su vida. Pese a ser ampliamente consensuada la idea de masificar prontamente los sistemas nacionales de educación, muchos han sido los obstáculos que han tenido como consecuencia el hecho de que este tema aún esté en las agendas públicas de los países más pobres de la región. Véase Ernest Gellner, *Vaciones y nacionalismo*. México, Patria, 1991

²⁷ Pedro Henríquez Ureña, “Ariel” (1904), en Perattí Piñero, ed., *Pedro Henríquez Ureña obra crítica* [n. 2], p. 25.

desencadenado. Más allá de las etiquetas con que se refirió al *nosotros* — nuestra América, Magna Patria o América Hispánica— y sin preocuparse de limar eventuales asperezas que pudiesen tener con el nacionalismo imperante, Henríquez Ureña planteó que lo fundamental era hacer una apuesta por la creación, lo genuino y lo propio. A este respecto, escribió:

Y por eso, así como esperamos que Nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes: las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día, las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que poseemos el doble tesoro, variable según las regiones, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas ya en corrientes nuevas, y las musicales, en que nuestra insuperable creación popular aguarda a los hombres de genio que sepan extraer de ella todo un sistema nuevo que será maravilla del futuro.²⁸

En la asunción del progreso desempeñarían papeles relevantes la ya reseñada síntesis cultural y, además, la unidad política. Algo así como la extendida concepción de “unidad en la diversidad” que tan frecuentemente escuchamos en nuestros días. La unidad política, por su parte, se imponía como necesaria para **contrarrestar** las improntas imperialistas de Estados Unidos que desde hacía un tiempo aquejaban a Nuestra América. Para él la desunión era vista como algo sencillamente desastroso.

La educación fue apreciada por Henríquez Ureña como la principal agencia para alcanzar el progreso, progreso entendido como mejora, justicia, integración. Progreso que debe guiar utópicamente la búsqueda de lo propio. La educación tenía que aumentar su repercusión vía la consolidación de los sistemas nacionales y su masificación, permitiéndose así el funcionamiento de la meritocracia. De esta manera la educación realizaría su doble cruzada, por un lado instruir a la ingente, a los bárbaros, los lastres del progreso y, por otro, educar a las élites dirigentes en los valores nacionales. La “unidad en la diversidad” debía ser la medida de lo bueno, el motor de creatividad que orientase a la sociedad y le otorgase eficacia en la resolución de sus problemas. El progreso, en tanto, debía ser orientado por quienes estuviesen en la

²⁸ Henríquez Ureña, “La utopía de América”, en *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n. 5], p. 27; en el mismo texto véase también “El descontento y la promesa”, p. 49; y “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *Universidad y educación* [n. 3], p. 100.

cúspide de la pirámide educacional, los sabios. Esto podremos analizarlo en el siguiente apartado.

4 ¿Cómo mejorar? Palabras finales

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA no esbozó programa para alcanzar la utopía de América. Por formar parte de la vanguardia y hegemonía intelectual no se vio impelido a agudizar su crítica o a construir opciones alternativas, por el contrario, se esforzó por permitir la continuidad y la perfección en lo obrado. Algunas pistas dio en ese sentido, sobre todo al valorar ampliamente los escenarios de estabilidad política para el desarrollo de la alta cultura.²⁹

Pese a no esbozar programa, apuntó que la mejora de todas las tareas emprendidas advendría al conjugar dos requisitos fundamentales: esfuerzo y amor. Estas disposiciones debían impulsar todas las acciones que tuvieran fines público y debían ser promovidas por la educación. No nos aventuraremos a proponer una lógica en la cual se articulen dichos requisitos, probablemente sería una empresa estéril. Pero algo más debemos decir por separado de estas cualidades.

Con esfuerzo, energía, trabajo, disciplina y vigor se iría avanzando, tanto de manera individual como colectiva, en las esferas de la enseñanza y por ende en la utopía y la búsqueda de nuestra expresión.³⁰ Con sus palabras:

Urge que el niño, al iniciarse en el colegio, traiga siempre hábitos de trabajo, que desee acercarse a las cosas y comprenderlas mediante su propio esfuerzo [...] Procurando despertar en mis alumnos el sentido de la responsabilidad, les digo siempre en mis clases: "Aquí aprenderá el que quiera aprender; mi tarea es ayudar, pero yo no puedo enseñar nada a quien no quiera aprender". En los Estados Unidos oí decir al presidente Wilson —que antes que hombre de Estado había sido universitario— "como todos saben la mente humana posee infinitos recursos para oponerse al conocimiento"³¹

²⁹ Afirmando lo expuesto expresó: "Las naciones serias van dando forma y estabilidad a su cultura, y en ellas las letras se vuelven actividad normal: mientras tanto, en 'las otras naciones', donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear", Pedro Henríquez Ureña, "Caminos de nuestra historia literaria" (1925), en *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n. 5], p. 59

³⁰ "Esfuerzo, disciplina, trabajo, seriedad, solidez de tradición y afán de perfección fueron sus consignas", son características propias de Pedro Henríquez Ureña, como sostiene el intelectual Sergio Gurgui, "Cultura y expresión original en la obra de Pedro Henríquez Ureña" [n. 6], p. 42

³¹ Pedro Henríquez Ureña, "Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común" (1931), en Speratti Piñero, ed., *Pedro Henríquez Ureña obra crítica* [n. 2], p. 666

Por otra parte, el autor defendía apasionadamente la idea de que el amor, la vocación y el sufrimiento permitían el avance en los temas educacionales:

[Porque] la educación no es sólo obra de la voluntad en calculado ejercicio frente al medio exterior, sino que en ella intervienen elementos psicológicos imprevisibles. Uno sobre todo: el amor. En toda vida hay amor, y todo amor verdadero es insumiso y es decisivo en su influjo. Y cuanto del amor se diga, puede extenderse, en más mitigada forma, a toda afición vehemente del espíritu. La vocación, en verdad, es forma de amor y, como tal, imprevisible e imperiosa.³²

A lo largo de toda su vida académica, Pedro Henríquez Ureña se preocupó por rescatar lo positivo en aquello que estaba analizando. Por ello pudo denunciar como injusta la situación del indígena y acoger con tanta soltura la denominación América Hispánica. Este espíritu tuvo su comprensión de que lo propio, en Nuestra América, estaría dado por lo indio y lo español, y por lo tanto, atentar contra una de estas tradiciones sería un autocercenamiento. Más allá de argumentaciones lógicas, agregó que es un derecho inalienable el utilizar las tradiciones culturales que se encuentran disponibles sin que eso signifique desdeñar a las demás. Su intención no fue profesar una suerte de continuidad de la tradición indígena y/o hispana, sino hallar en ellas los manantiales que posibilitaran la síntesis, aquella que, entre otras cosas, podría ayudar a encontrar soluciones al problema indígena y a la cuestión social.

Educación, nación y cultura fueron temas que tuvieron amplia resonancia a principios del siglo xx, y Pedro Henríquez Ureña depositó su fe, cual cruzado, en cada una de ellas. Su pensamiento fue progresista y consecuente con su tiempo, y sin duda tiene aún muchos herederos en nuestras universidades latinoamericanas. Tal vez algo del mismo se encuentre en todos quienes trabajamos o reflexionamos sobre la educación. ¿Cuáles son los límites de este pensamiento, de esta cruzada, de esta fe? ¿Sigue siendo efectivamente un pensamiento progresista? ¿Es sensato considerar a la educación como la única salvadora de los pueblos? Son preguntas que sin duda surgen de la aproximación crítica al pensamiento de Pedro Henríquez Ureña sobre educación y nación, mas sus respuestas, por ahora, son materia de cada uno.

³² Pedro Henríquez Ureña, "La obra de José Enrique Rodó", en *Ensayos en busca de nuestra expresión* [n 5] p. 129